

madre, le di para su recuerdo el medallón de pelo que de una cadena de oro le colgó Laurentina al cuello al enviármelo, el cual medallón jamás abrí yo, primero porque peco de discreto, y luego porque, fuera curioso desbocado, no hubiese podido abrir sin cortar la red de cabellos que á guisa de candado lo cerraba para prueba de curiosones. Indudablemente, Laurentina lo hizo así para que se entendiera que sólo á su hijo estaba dado revelar el interior, y el hijo mismo, por respeto ó también por discreción, no se atrevió á destruir cerradura tan sabiamente complicada y más fuerte por el sagrado material empleado que si fuese de duro acero. Pero, con la edad, el imprudente regalo de Clara, su tardía conferencia conmigo y la duda eterna que le perseguía, se decidió á empuñar las tijeras y forzar aquella puerta del misterio. ¿Qué habla dentro?

— ¡El mismo señor de las patillas, papá! Recuerdo de mi madre, no he podido romperlo, como el otro...

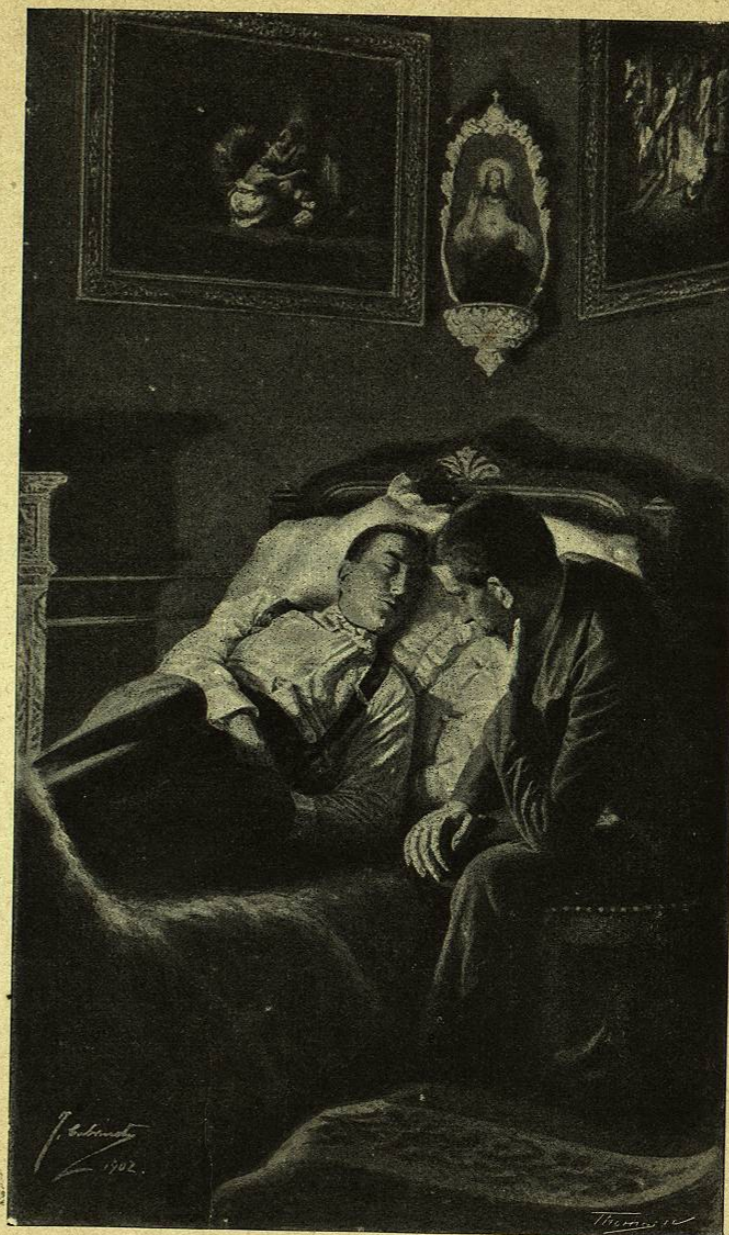
Con espontáneo movimiento, se abrazó á mí y me besó en la frente. Y riendo, señaló en mi cabeza la primera cana.

— Papá, que te pones viejo... ¡Mucho cuidado!

¡Ay! ¡Yo comenzaba á envejecer y él empezaba á morir!

VI

El año 65 y siguientes fueron de guerra extranjera, y lo digo con pena: no ofrecí mi brazo á la patria en lucha con el tirano paraguayo, por no abandonar aquel



¡Ay! ¡Yo comenzaba á envejecer y él comenzaba á morir!

niño enfermo y que yo creía próximo á la muerte. Con arreglo á la ley, puse quien me reemplazara, y bastante lo he sentido después, porque la defensa de la patria sólo el ciudadano y el patriota capaces son de realizarla.

El año 71 fué también de muerte y desolación. Murió mi hermana Clara, murió mi tía Sandalia, y murieron Sara, Damasia y D. Isafas...

Agazapada en la ardiente costa brasileña, la fiebre amarilla espía la ocasión de venir á las argentinas tierras, de las que mucho bueno debió de oír, para ejercer su mortífera industria, y escondida tal vez en algún saco de café de los que importaba el rico don Isafas, aquí se plantó por febrero ó por marzo, y abriendo su cajita de Pandora soltó todos los perversos microbios que traía y envenenó el aire purísimo en que vivíamos confiados. Entonces la santa Higiene, paladión de las ciudades modernas, no recibía el culto que sus virtudes merecen, y no hubo quien detuviera á la fúnebre intrusa que, como el ángel de la Escritura, fué trazando una cruz sobre cada puerta y esparciendo la muerte por todas partes.

Abatiéronse, al primer golpe de guadaña, centenas de víctimas, y en pocos días se sumaron miles. Reinó el terror sobre la ciudad maldita; se vieron desiertas sus calles, que sólo cruzaban los cortejos mortuorios, el santo Viático ó los empleados de funeraria con las negras cajas al hombro; el Comercio y sus hermanas, las Industrias, quedaron paralizados y como

muertos también; huían los que escapar podían, y todo era llantos, tinieblas, confusión, dolor y ruina.

Yo no temía por mí, sino por Arturo, que, mal que bien, iba sorteando los peligros de su enfermedad y hasta parecía haberla dominado. Resolví que saliéramos á cualquier parte, ya que ni al Trigal ni á Belgrano era posible por el derecho de arriendo, que nos privaba de aquellas propiedades; y á toda prisa, sin saber adónde iríamos, pues lo esencial parecíanos abandonar la ciudad infectada, preparamos las maletas, y en los atropellados y febriles preparativos estábamos, cuando la vieja Damasia llegó á anunciarme que Clara, herida por el flagelo, deseaba verme.

Ha sido para mí el deber algo que no he discutido nunca: su yugo, que pesa más cuanto más robusta es la voluntad que ha de soportarlo, siempre lo he sufrido sin queja ni flaqueza, aun seguro de estrellarme contra la pared que me cerrara el paso. Entre mi hermana Clara y yo, después de una separación de tantos años y desavenencias tan hondas, no existía más lazo que el de mi caridad hacia ella que en forma tan grave había delinquido, nudo de seda que me figuraba ya flojo y hallé más fuerte apenas supe que estaba enferma y se moría.

No pensé que podía yo morir también, de aquella aproximación suprema y peligrosa, ni que pudiera traer la muerte á los que en casa, con celo de avaro, mantenía aislados, y me dispuse desde luego á cumplir el mandato sin pestañear. Espantóse Sara de mi impru-

dencia, quiso disuadirme, sin conseguirlo, y porque el cielo me librara del peligro me dió un escapulario y una bolsita de alcanfor, la representación de dos deidades, la ciencia y la fe, á las que la buena mulata confiaba mi vida. De alcanfor también llenó mis bolsillos y de medallas benditas, y así pertrechado contra la legión maléfica que asolaba la ciudad, me desprendí de los brazos de Arturo y *Bullebulle*, de todos me despedí como el que se va para no volver ó ignora si volverá, y me marché sereno hacia el peligro por aquellas calles de cementerio que pisaban escasos vivientes, y éstos recelosos y fugitivos; de cerrados portales, con negros colgajos de merino los más, y en que cada batir de puertas, en el silencio lúgubre, anunciaba el cadáver que salía ó la caja que entraba por él, el Viático que llegaba ó la visita del médico impotente.

Como si golpeará yo sobre hueca bóveda, resonaban temerosamente mis pasos; veía titilar los cirios por las rendijas de las ventanas, y escuchaba lamentos, tropezaba figuras enlutadas y carros que cargaban pilas de cajas de pino sin forrar, como hechas de prisa á causa de la demanda cada vez mayor, y sacerdotes de sobrepelliz que iban de casa en casa á ocupar el sitio abandonado por la ciencia, y siempre aquel medroso batir de puertas, seguido del cadáver que se arrojaba fuera, albañal que escupe sobre el arroyo la escoria, y otra vez la procesión silenciosa, los ayes de los deudos allá adentro y el titilar de los cirios amarillos en cada ventana.

Transido de pena, que no de miedo, llegué á la es-

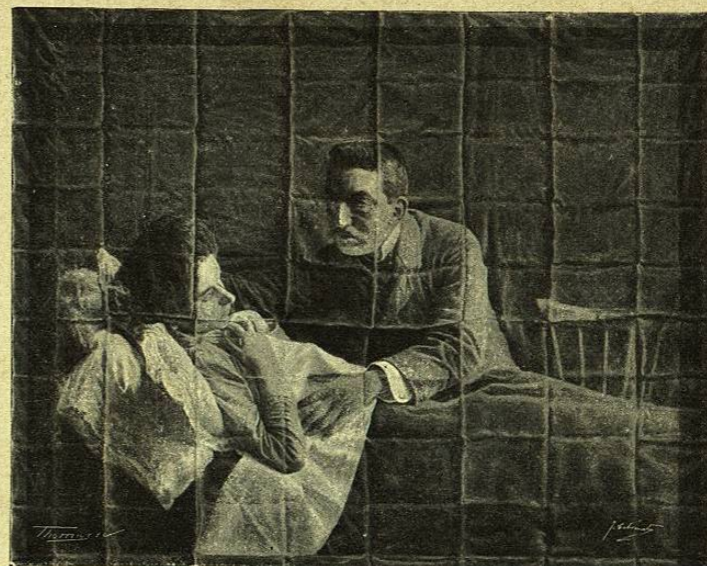
quina de mi casa paterna, ¡con qué emoción profunda, con qué temblor de las piernas! ¡Cuánto tiempo, desde aquel día de mi expatriación voluntaria, que no veía su maltratada fachada, su azotea de balaustres en que de niño jugaba al barrilete, su ancho portal cuyas paredes aún debían mostrar el rasguñado revoque, víctima de mi lápiz ó de mi cortaplumas! Miré al llamador y no vi trapo negro que anunciara fallecimiento, y como pasara delante de aquellas rejas tras de las cuales mi madre, siempre fría, solía arrellanarse sobre su almohadón bordado, las besé conmovido. Luego entré.

Entré sin llamar, porque así la puerta de la calle como la del patio estaban entornadas; pero, si llamara, nadie me respondiera, pues la que parecía criada, y lo era, sin duda, tendida estaba en el zaguán sobre un charco negruzco y no de vino. Asustado, me incliné para levantarla y su cuerpo se me escurrió inerte de las manos: ¡estaba muerta!, ¡muerta!! Me precipité entonces en las conocidas habitaciones, ¡ay, tan conocidas!... La calurosa tarde de marzo cerraba tormentosa: la oscuridad más completa reinaba dentro, y en las tinieblas andaba yo como en pleno día, que mi memoria me guiaba mejor que la luz del sol, y sin tropiezo ni vacilación alguna me sumergí en las de la alcoba que fué de mi madre, me dirigí al sitio en que se escuchaba apagado estertor, é inclinándome sobre la que debía de ser mi hermana, aunque no la veía, la llamé cariñosamente:

— ¡Clara, Clara!, ¡soy yo!

Sentí que me cogía la mano, con ansia de náufrago, y su voz quebrantada suspiró:

— ¡Eres Juanito de Dios! Te conozco, no puedes



¡Clara, Clara, soy yo!

ser otro que él. Te esperaba. Estaba segura de que vendrías. ¡Gracias, gracias, Juanito!

La dije que iba á acompañarla, á cuidarla, á sanarla también, que el amor fraternal hace milagros. Y ella lloró en la sombra.

— Gracias, Juanito. No eres rencoroso y me perdonas. Por mí, que soy tan mala, expones tu vida preciosa. No te veo, pero sé que has de venir vestido todo de blanco como los ángeles, con alas de plata y corona de oro puro, como tu corazón.

La pregunté si quería luz y me contestó débilmente que sí. Encendí una cerilla y con ella la palmatoria de la mesa cercana, y apareció la alcoba desnuda, huérfana de los muebles y adornos que yo conocía, perdidos, sin duda, por la prodigalidad y el desorden; tan pobre, que si fuera desván y no sala espaciosa, no me produjera impresión más triste... Y sobre la cama de hierro, mal arropada, flaca, las greñas revueltas y ya grises, la hermosa Clara de otro tiempo, envejecida y afeada por el vicio, encendida no sé si por la vergüenza ó por la fiebre.

Adivinó la infeliz mi pensamiento y se tapó la cabeza, diciendo:

—¡Juanito, no me mires! He llamado al hermano, y no al juez.

— Y el hermano es el que ha venido, Clara — respondí acercándome para besarle su frente ardorosa.

Esta demostración, poco aprensiva, la tranquilizó completamente, y más animada me expresó su extrañeza por la tardanza de Berta, la sirvienta. Desde las doce faltaba. Fué á la botica y hasta ahora. La otra criada había muerto hacía tres días. No quise decirle que la faltona yacía en el zaguán fulminada por la peste, y la aseguré que de todas maneras allí estaba yo para reemplazarla; que no se preocupara de otra cosa, que confiara en mí que no me apartaría de su lado sin dejarla buena y sana.

—¡Ay, Juanito! — gimió la desventurada, — te veo, porque hay luz, y sin embargo te veo como antes

en la obscuridad: con alas de ángel. ¡Pobre de mí!

Tenía sed y fuí á la cocina por agua. No había fuego: partí las astillas, puse el carbón y la mecha en la hornilla, calenté el agua, tosté un mendrugo de pan y la llevé el líquido templado, con hermoso color de oro. Todo este trajín, en aquellos momentos terribles, en la soledad de la casona que tantos recuerdos despertaba en mí, oprimía dolorosamente mi corazón. Pero la caridad me daba alientos sobrehumanos. No sentía miedo, ni repugnancia. Creo que lo que yo sentía era placer, satisfacción íntima de hacer lo que hacía. Me creía invulnerable, y tal vez lo fuera, por la virtud misma de mi obra. *

Como la receta borroneada por el médico no pudo traerla Berta, hube de ir yo mismo á la botica. Antes recogí piadosamente el cadáver del zaguán y lo deposité á duras penas, que mis fuerzas no eran muchas, en una habitación interior. Luego fuí á la botica y á avisar de paso á la funeraria.

La botica estaba llena de mujeres que lloraban, de hombres que se impacientaban; unos entraban, otros salían, y el mancebo del despacho, en talle de repartir más gansadas que medicamentos, maltrataba á todos de palabra, lo mismo á criados que á señores, que en aquellas horas de angustia no había más jerarquía que la de la soberana muerte.

—¡Esperarse! Yo no tengo cuatro manos. Si no acomoda, se marcha...

Y así á todos. Unos entraban, otros salían, y entre